

Pedro Víllora

Una noche menos en Bagdad

Personajes

H: Hombre

S: Mujer joven

H: ¿Es verdad lo que dicen los murmullos?

S: Es verdad, mi señor.

H: ¿Es cierta tan extraña noticia?

S: Cierta es, mi señor.

H: ¿Es posible tamaña locura, tan odioso rumor?

S: Mi señor es bueno, paciente y poderoso. Nadie engaña a mi señor. Todo es verdad; nada es mentira.

H: ¿Y acaso ignoras el castigo?

S: No, mi señor.

H: ¿Crees, por un casual, que la pena que anuncié ha sido revocada?

S: Sé cuál es mi destino, mi señor.

H: ¿Y no tienes miedo?

S: De esto no, mi señor.

H: ¿No te asusta la muerte?

S: La mía no, mi señor.

H: Diez mil veces diez mil noches has narrado para mí. Diez mil veces diez mil cuentos he escuchado de tus labios. Pero si esta noche decides callarte, nada evitará que tu cuello sea cortado al amanecer.

S: Lo sé, mi señor.

H: ¿Y no te importa?

S: Sí, mi señor. Me importa saber que ni una noche más volveré a veros ante mí, que ni una noche más os dormiréis entre mis brazos, que ni una noche más besaré vuestros cerrados párpados. Pero no puedo

hacer nada, mi señor, porque he agotado todas las historias y no conozco ni una sola más.

H: Pero no es posible. Un ingenio como el tuyo no desaparece así como así. Quien ha inventado tantas aventuras forzosamente ha de ser capaz de concebir una más.

S: No, mi señor; yo no valgo tanto como decís. No tengo tanta imaginación ni tanta inventiva. Diez mil veces diez mil días, al dejaros dormido en el lecho, he recorrido las calles y he hablado con las gentes, con aquellos nacidos en Bagdad y aquellos venidos de otras tierras. Ellos me han contado diez mil veces diez mil historias que luego por la noche, cada noche, he repetido para vos. Esos cuentos, mi señor, no eran míos. Yo tan sólo les he prestado mi voz.

H: Si diez mil veces diez mil días has logrado la ayuda de diez mil veces diez mil extraños, nada te impide conseguirla una vez más. Sal de palacio, habla con alguien, aprende lo que tenga que decir y regresa para contarlo.

S: Mi señor es sabio y experimentado, y no hay consejos más prudentes que los suyos, pero lo que sugiere no es posible, mi señor.

H: Ve a la puerta que atraviesan los camelleros. Allí encontrarás a los hombres que traen las sedas tejidas por mujeres de ojos rasgados; vienen de un país donde las rosas son azules y las escamas de los peces están hechas de coral. Ve y pregúntales si es verdad que su rey es una estatua de marfil protegida por un dragón dorado. Habla con los camelleros y regresa para contarlo.

S: Mi señor, ya no quedan camelleros en Bagdad.

H: En las tabernas de extramuros hay mujeres que nacieron hombres allá en las remotas regiones de occidente. Habla con los taberneros y consigue que te lleven junto a ellas. Cuando estés a su lado, pregúntales si es verdad que en los mares borrascosos habitan hombres con cuernos que embisten contra las naves y las agujerean hasta hacerlas naufragar. Haz que un tabernero te guíe hasta su morada y regresa para contarlo.

S: Mi señor, ya no quedan mujeres que nacieron hombres en Bagdad. Ni siquiera quedan taberneros en Bagdad.

- H: En las mazmorras de este mismo palacio hay rincones en los que jamás alumbra luz alguna. Allí hay encerrados seres monstruosos que yo mismo jamás he visto, aunque sé que existen: mujeres con piernas de gallina, hombres cuya cabeza no deja de crecer, espantos sin sexo conocido, pedazos deformes de carne que sin embargo aún respiran por algún orificio... Que un carcelero te acompañe a lo más profundo del palacio y te muestre aquellas pesadillas, y regresa para contarlo.
- S: Mi señor, ya no quedan seres monstruosos en Bagdad.
- H: ¿Y carceleros? ¿Acaso te atreverás a decir que no quedan carceleros en Bagdad?
- S: Así es, mi señor. En Bagdad ya no quedan carceleros. Y tampoco hay ya mazmorras en Bagdad.
- H: ¡Pero sí hay palacios!
- S: Mi señor, ya no quedan palacios en Bagdad.
- H: ¡Hay cientos de palacios en Bagdad! ¡Hay miles de casas en Bagdad! ¡Hay millones de personas en Bagdad! Sal y habla con cualquiera, graba su historia en tu memoria y regresa para contarla.
- S: Pero, mi señor... ya no quedan cuentos en Bagdad.
- H: Siempre hay alguien que conoce algo nuevo. Algo que nunca antes ha sido dicho. Sal, busca eso que es distinto y regresa para contarlo.
- S: Es que, mi señor, ya no queda nadie en Bagdad.
- H: ¿Y tú? ¿Acaso no estás tú? Háblame de ti, porque empiezo a creer que nunca lo has hecho.
- S: Mi señor, no sé cómo decíroslo, pero ya no queda Sherezade en Bagdad.
- H: ¿Que no? ¿Acaso Sherezade no habla con el califa? ¿Te atreves a sugerir que tu califa habla con un fantasma?
- S: Es otra cosa, mi señor; es que ya no queda ningún califa en Bagdad.

H: Y si ya no hay camelleros en Bagdad, ni mujeres que nacieron hombres, ni taberneros, ni carceleros, ni mazmorras, ni palacios en Bagdad... Si ya no hay cuentos nuevos, si ya no hay Sherezade que los cuente ni califa que los escuche, dime: ¿qué queda en Bagdad?

S: Mi señor, ya no queda nada en Bagdad. Bagdad ya no existe.